

Apuntes de la ponencia: celebración del domingo, eje y clave de la iniciación cristiana

La realidad de la que partimos

En la Iglesia estamos viviendo un «terremoto», es decir, la oportunidad, por dolorosa que sea, de «sacudirnos» todo lo que no es auténtico y verdadero, para quedarnos con los pilares que sostienen auténticamente la fe y la vida cristiana.

Si preguntamos ¿qué hacemos un domingo? Nos hablarán de día de descanso, día de familia, día de..., pero raramente escucharemos a alguien que nos diga que es el día de la celebración de la fe. Tenemos delante de nosotros un gran reto.

Entrando en materia

La carta apostólica *Dies Domini* de san Juan Pablo II nos da en su esquema los cinco aspectos esenciales del domingo:

El domingo es el día del Señor;
Es el día de Cristo;
Es el día de la Iglesia;
Es el día del hombre;
Y por último es el Día de los días.

¿A qué ha quedado reducido para muchos de nuestros cristianos? Para el *día del hombre* y todo se centra en hacer del domingo, o del fin de semana en general, un día de descanso y de estar centrado en uno mismo.

La SC. N 106 nos dice:

«La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días,

en el día que es llamado con razón “día del Señor” o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los “hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos” (1 Pe, 1,3). Por esto el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. No se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean de veras de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico».

Dos referencias significativas con referencia al domingo: Texto de S. Justino y de los Mártires de Abitinia. En las actas del martirio se recoge: «El gobernados les invita: “Si renuncias a vuestras reuniones semanales del domingo salváis la vida.” Pero ellos responden: “Prefiero morir, sin el Domingo no puedo vivir”». El cristiano vive de la celebración litúrgica.

Claves esenciales

Dos claves esenciales del domingo:

Es el memorial de la muerte y resurrección de Cristo

SC n.5. «Dios, que “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim, 2,4), “habiendo hablado antiguamente en muchas ocasiones de diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas” (Heb, 1, 1), cuando llegó la plenitud de los tiempos envió a su Hijo, el Verbo hecho carne, ungido por el Espíritu Santo, para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón, como “médico corporal y espiritual”, mediador entre Dios y los hombres. En efecto, su humanidad, unida a la persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino. Esta obra de redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza, Cristo la realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión. Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión. Por este misterio, “con su Muerte destruyó nuestra muerte y con su Resurrección restauró nuestra vida. Pues el costado de Cristo dormido en la cruz nació “el sacramento admirable de la Iglesia entera”».

Vemos en la antigüedad que todos los pueblos se ponían en contacto con Dios, de una manera u otra, pero la realidad que nos trascienden estaba muy presente.

Dios quiere que vivamos bajo el dominio del bien. Podemos vivir gobernados por el amor y por ello Dios progresivamente nos va dando su misma vida. El pueblo de Israel reconoce la cercanía de Dios, comenzando por Abrahán con quien Dios habla y le invita a que cuente las estrellas, después Moisés, que Dios hablaba como un amigo habla con otro amigo y el Deuteronomio nos recuerda: ¿Hay alguna nación que tenga a su Dios tan cerca como está el Señor nuestro Dios siempre que lo invocamos? Dt 4, 7.

Los judíos se olvidan de esto y alejan a Dios, nuevamente al cielo. Dios quiere comunicarnos al pleno su vida divina.

Una manera sencilla de mostrar la locura de amor de nuestro Dios lo hace el cardenal vietnamita Francisco Xavier Nguyen Van Thuan tuvo como lema de vida la esperanza que llena de amor el momento presente. Siendo prisionero por el régimen comunista durante 13 años, 9 de los cuales en total aislamiento, no quedó de «brazos cruzados» esperando la liberación; al contrario, con la creatividad propia del amor, se hizo amigo de los carceleros, construyó para sí un crucifijo, celebró la eucaristía clandestinamente y escribió tres libros. Él habla de los 5 defectos de Jesús:

Primer defecto: Jesús no tiene buena memoria

En la cruz, durante su agonía, Jesús oyó la voz del ladrón a su derecha: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino» (Lc 23, 42). Si hubiera sido yo, le habría contestado: «No te olvidaré, pero tus crímenes tienen que ser expiados, al menos, con 20 años de purgatorio». Sin embargo Jesús le responde: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43). Él olvida todos los pecados de aquel hombre.

Algo análogo sucede con la pecadora que derramó perfume en sus pies: Jesús no le pregunta nada sobre su pasado escandaloso, sino que dice simplemente: «Quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor» (Lc 7, 47).

La parábola del hijo pródigo nos cuenta que éste, de vuelta a la casa paterna, prepara en su corazón lo que dirá: «Padre, pequé

contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros» (Lc 15, 18-19). Pero cuando el padre lo ve llegar de lejos, ya lo ha olvidado todo; corre a su encuentro, lo abraza, no le deja tiempo para pronunciar su discurso, y dice a los siervos, que están desconcertados: «Traed el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en la mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado» (Lc 15, 22-24).

Jesús no tiene una memoria como la mía; no sólo perdona, y perdona a todos, sino que incluso olvida que ha perdonado.

Segundo defecto: Jesús no sabe matemáticas

Si Jesús hubiera hecho un examen de matemáticas, quizá lo hubieran suspendido. Lo demuestra la parábola de la oveja perdida. Un pastor tenía cien ovejas. Una de ellas se descarriaba, y él, inmediatamente, va a buscarla dejando las otras noventa y nueve en el redil. Cuando la encuentra, carga a la pobre criatura sobre sus hombros (cf. Lc 15, 47).

Para Jesús, uno equivale a noventa y nueve, ¡y quizá incluso más! ¿Quién aceptaría esto? Pero su misericordia se extiende de generación en generación...

Cuando se trata de salvar una oveja descarriada, Jesús no se deja desanimar por ningún riesgo, por ningún esfuerzo. ¡Contemplemos sus acciones llenas de compasión cuando se sienta junto al pozo de Jacob y dialoga con la samaritana, o bien cuando quiere detenerse en casa de Zaqueo! ¡Qué sencillez sin cálculo, qué amor por los pecadores!

Tercer defecto: Jesús no sabe de lógica

Una mujer que tiene diez dracmas pierde una. Entonces enciende la lámpara para buscarla. Cuando la encuentra, llama a sus vecinas y les dice: «Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido» (cf. Lc 15, 89).

¡Es realmente ilógico molestar a sus amigas sólo por una dracma! ¡Y luego hacer una fiesta para celebrar el hallazgo! Y además, al invitar a sus amigas ¡gasta más de una dracma! Ni diez dracmas serían suficientes para cubrir los gastos...

Aquí podemos decir de verdad, con las palabras de Pascal, que «el corazón tiene sus razones, que la razón no conoce»

Jesús, como conclusión de aquella parábola, desvela la extraña lógica de su corazón: «Os digo que, del mismo modo, hay alegría entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta» (Lc 15, 10).

Cuarto defecto: Jesús es un aventurero

El responsable de publicidad de una compañía o el que se presenta como candidato a las elecciones prepara un programa detallado, con muchas promesas.

Nada semejante en Jesús. Su propaganda, si se juzga con ojos humanos, está destinada al fracaso.

Él promete a quien lo sigue procesos y persecuciones. A sus discípulos, que lo han dejado todo por él, no les asegura ni la comida ni el alojamiento, sino sólo compartir su mismo modo de vida. A un escriba deseoso de unirse a los suyos, le responde: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8, 20).

El pasaje evangélico de las bienaventuranzas, verdadero «autorretrato» de Jesús, aventurero del amor del Padre y de los hermanos, es de principio a fin una paradoja, aunque estemos acostumbrados a escucharlo:

«Bienaventurados los pobres de espíritu..., bienaventurados los que lloran..., bienaventurados los perseguidos por... la justicia..., bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mt 5, 312).

Pero los discípulos confiaban en aquel aventurero. Desde hace dos mil años y hasta el fin del mundo no se agota el grupo de los que han seguido a Jesús. Basta mirar a los santos de todos los tiempos. Muchos de ellos forman parte de aquella bendita asociación de aventureros. ¡Sin dirección, sin teléfono, sin fax...!

Quinto defecto: Jesús no entiende ni de finanzas ni de economía

Recordemos la parábola de los obreros de la viña: «El Reino de los Cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Salió luego hacia las nueve y hacia mediodía y hacia las tres y hacia las cinco., y los envió a sus viña». Al atardecer, empezando por los últimos y acabando por los primeros, pagó un denario a cada uno (cf. Mt 20, 116).

Si Jesús fuera nombrado administrador de una comunidad o director de empresa, esas instituciones quebrarían e irían a la bancarrota: ¿cómo es posible pagar a quien empieza a trabajar a las cinco de la tarde un salario igual al de quien trabaja desde el alba? ¿Se trata de un despiste, o Jesús ha hecho mal las cuentas? ¡No! Lo hace a propósito, porque -explica-: «¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?».

Lo que Dios quiere que celebremos cada domingo es su Amor, un amor sin medida, que nos invada, que nos transforme, que nos haga brillar como luz para atraer a otros hacia la fuente de esta luz.

En la plegaria 4º del Misal se hace este recorrido de la historia de la salvación.

Es reunión de los cristianos

El tema comunitario lo podemos ver expresado en LG 9; «Así como al pueblo de Israel, según la carne, peregrinando por el desierto, se le designa ya como Iglesia (cf. 2 Esd 13,1; Núm 20,4; Dt 23,1 ss), así el nuevo Israel, que caminando en el tiempo pre-

sente busca la ciudad futura y perenne (cf. *Hb* 13,14), también es designado como Iglesia de Cristo (cf. *Mt* 16,18), porque fue El quien la adquirió con su sangre (cf. *Hch* 20,28), la llenó de su Espíritu y la dotó de los medios apropiados de unión visible y social. Dios formó una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia a fin de que fuera para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad salutífera [15]. Debiendo difundirse en todo el mundo, entra, por consiguiente, en la historia de la humanidad, si bien trasciende los tiempos y las fronteras de los pueblos. Caminando, pues, la Iglesia en medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada con el poder de la gracia de Dios, que le ha sido prometida para que no desfallezca de la fidelidad perfecta por la debilidad de la carne, antes, al contrario, persevere como esposa digna de su Señor y, bajo la acción del Espíritu Santo, no cese de renovarse hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso».

El domingo es el día del memorial de la muerte y resurrección de Cristo, y también de la reunión de los miembros de una misma familia, son dos claves que hemos perdido.

Rasgos fundamentales que ponemos de manifiesto en los sacramentos de iniciación cristiana: -El bautismo nos injerta en Cristo, nos incorpora a la Iglesia.

La eucaristía, llamada en un primer momento fracción del pan nos presenta muy claramente el rasgo cristológico y el rasgo eclesiológico. Pedimos ser congregados en la unidad, que la Iglesia se manifieste como tal.

Y como sabemos, también en la confirmación pedimos que la unción con el crisma nos una más íntimamente a la Iglesia,

Sugerencias:

El domingo:

- Día para llenarnos de la fuerza y de la acción de Dios a favor nuestro, y poder vivir en esta clave a lo largo de la semana.

- Día de la resurrección no es solo el día de ir a misas, es día de, al disponer de más tiempo, poder tener acciones concretas que muestren que ponemos en acto lo que hemos celebrado.
- Día en el que poder dedicar un poco más de tiempo a la oración, a la lectura espiritual, etc.
- Día que queremos vivir de esa otra manera. Acogemos a Dios que quería compartir y comunicar la vida con nosotros.

Tenemos el peligro de que queremos que todo se entienda. Uno puede conocer como se produce las cosas, pero eso no significa vivirlas. La vivencia no va en el conocimiento. Participar cada uno a su manera. Entender no es participar. Participar es vivir en la medida que cada uno puede.

Y también hemos de tener en cuenta que el precepto dominical nos ha hecho un poco de «daño». Si nuestros cristianos fuesen realmente conscientes de lo que celebramos no habría que ponerlo como «obligatorio».

Y por último que nuestra liturgia evangelice, que verdaderamente tramita lo que dice.

Ojalá hoy pudieran decir de nosotros lo que recoge la Carta a Diogneto: «Viven en el mundo, pero se le nota que son diferentes».